

HISTORIAS MÍNIMAS: AUTOBIOGRAFÍA Y BIOGRAFÍAS EN LOS *DIARIOS* DE JOSÉ MARTÍ

María Fernanda Pampín*

Resumen: A partir de la problematización de las estrategias de autorización del escritor en el siglo XIX se considera a los *Diarios de Campaña* de José Martí *De Montecristi a Cabo Haitiano* y *De Cabo Haitiano a Dos Ríos* (1895) como una autobiografía plural. Por eso, se entiende el relato como una autobiografía, en tanto cuenta la historia de uno, de Martí, pero también, una Historia, porque es también la historia de otros, del pueblo cubano, recuperada a través de la memoria de los protagonistas genuinos de la Guerra Grande y de la Guerra Chiquita. En esos conflictos, a través de una tensión entre el “yo” y el “nosotros” se revela el modo en que Martí construye un proyecto de nación integrador de todos los sectores sociales.

Palabras Clave: Literatura Cubana; José Martí; Autobiografía; Nación; Siglo XIX; Diarios.

Abstract: *Begging from the problematization of the writer's authorization strategies in the 19th Century, De Montecristi a Cabo Haitiano and De Cabo Haitiano a Dos Ríos (1895), the Campaign Diaries of José Martí are considered as a plural autobiography. This is the reason why the narration is understood as an autobiography, in so far as it tells the story of one person, of Martí, but also, a History, because it is also the story of others, of the Cuban people, which is recovered through the memory of the genuine protagonists of the Big War and the Little War. Through a tension between the “I” and the “we”, in these conflicts reveal the way in which Martí builds a project of nation integrating all social sectors.*

Keywords: Cuban Literature; José Martí; Autobiography; Nation; XIX Century; Diaries.

* Doctora y licenciada en Letras por la Universidad de Buenos Aires. Correo electrónico: mfpampin@gmail.com.

Gramma, XXIX, 61 (2018), pp. 22-32.

Fecha de recepción: 02-03-2018. Fecha de aceptación: 15-04-2018.

© Universidad del Salvador. Facultad de Filosofía, Letras y Estudios Orientales. Área de Letras del Instituto de Investigación de Filosofía, Letras y Estudios Orientales. ISSN 1850-0161.

La escritura de la memoria es una forma de dejar marcas, de trazar huellas de la propia vida. Los *Diarios* de José Martí *De Montecristi a Cabo Haitiano* y *De Cabo Haitiano a Dos Ríos* (1895) permiten abordajes diversos que dan lugar a diferentes lecturas. Una de ellas se sustenta en el reconocimiento del carácter fuertemente autobiográfico de estos textos escritos durante los días previos al desembarco en la isla y los inicios de la guerra por la Independencia de Cuba que él mismo organizó desde el exilio neoyorquino (los diarios inician en territorio dominicano el 14 de febrero y concluyen abruptamente el 17 de mayo de 1895, dos días antes del fallecimiento de su autor en el campo de batalla en Dos Ríos).

Como una consecuencia directa de las nuevas articulaciones que comenzaron a producirse entre la literatura y la sociedad en el fin de siglo XIX en América Latina, esta lectura de los diarios martianos problematiza una serie de conflictos que atañe a las estrategias de autorización que se vuelven evidentes al poner en relación la experiencia social y autobiográfica del poeta.

Sostiene Sylvia Molloy que la autobiografía en Hispanoamérica remite a la fabricación de una imagen respecto a diversos modelos europeos y que esa lectura es una forma de “hacer patria”. Por eso, asegura: “De ahí que en tantos textos del diecinueve y no pocos del veinte la escritura autobiográfica se conciba como deber público, y que el yo que (se) cuenta cuenta a la vez a una nación, o mejor dicho se cuenta como nación” (1994, p. 14).

Dicho en otros términos, y en idéntico sentido, Adriana Rodríguez Pérsico entiende que durante gran parte del siglo XIX “la palabra escrita toma a su cargo la tarea didáctico-política de unificar la sociedad a fin de construir la nación” (2008, p. 158). De este modo, en el campo intelectual decimonónico, la consolidación y el fortalecimiento de la idea de nación constituyen una preocupación fundamental y resultan, sin lugar a dudas, un instrumento muy productivo para el debate y las luchas políticas.

Aunque Rafael Rojas sostiene que en los textos martianos puede verse la invención de una nación y no el interés en la construcción de un Estado (2000), sin embargo, esa inquietud se vuelve manifiesta ya en 1891 en “Nuestra América” (Martí, 1992b) cuando sienta las bases necesarias para el arte del buen gobierno (Ramos, 1989). En los *Diarios*, y con el propósito tácito de fraguar la identidad nacional, coloca su mirada en la conformación de una sociedad futura integradora de todas las razas y los estratos sociales. Así “está construyendo literariamente la cohesión social de la nación” (Teja, 1994, p. 148). Martí organiza los fragmentos del relato y en la constitución de su discurso *proyecta* un futuro y *funda* una nación pero también deja entrever en diferentes momentos las dificultades de llegar a un acuerdo entre los generales de la revolución y, en consecuencia, exterioriza sus preocupaciones en torno a la conducción política de la guerra y la forma de gobierno que resulte de ella pero también frente a su futuro,

que depende innegablemente de las decisiones políticas que desencadene el éxito de la empresa. Durante esos momentos decisivos para el desarrollo y el futuro de la guerra, Martí exhibe, no sin tensión, las alianzas y las rupturas de los pactos políticos, así como también las relaciones conflictivas que se establecen entre las partes¹. Surgen de tal manera, en alternancia con el tono general y más poético que predomina en los *Diarios*, encendidos fragmentos.

Maceo y Gómez hablan bajo, cerca de mí: me llaman a poco, allí en el portal: que Maceo tiene otro pensamiento de gobierno: una junta de los generales con mando, por sus representantes, — y una Secretaría General: —la patria, pues, y todos los oficios de ella, que crea y anima al ejército, como secretaria del ejército. [...] me hiere, y me repugna: comprendo que he de sacudir el cargo, con que se me intenta marcar de defensor ciudadano de las trabas hostiles al movimiento militar. Mantengo, rudo: el Ejército, libre, —y el país, como país y con toda su dignidad representado (Martí, 2007, pp. 115-116).

Como aclara Susana Zanetti, Martí “es un intelectual reconocido, un hombre culto con rango notorio en la dirigencia revolucionaria” (1997, p. 209). En diferentes oportunidades señala su alto nivel de popularidad en los lugares que visita y va construyendo una figura que, aunque dice equipararse al resto del pueblo, sobresale cada vez (una cuestión que puede notarse en determinados momentos en los que subraya su rol intelectual con las citas en francés, sus lecturas en alemán, su preocupación por la educación, etcétera). Esto representa un punto de tensión en los *Diarios*, entre el deseo de ser pueblo, de ser todos y no dejar de ser “yo”², en especial en *De Cabo Haitiano a Dos Ríos*. Plantea entonces, de manera constante, mecanismos de autoridad y a partir de ellos construye las relaciones con el resto: más complejas y competitivas en su vínculo con los altos mandos militares, como se puede percibir en el desencuentro con Maceo en La Mejorana y más afectivas y entrañables en su lazo con los campesinos, soldados o mujeres.

—Me sorprende, aquí como en todas partes, el cariño que se nos muestra, y la unidad de alma, *a que no se permitirá condensación, y a la que se desconocerá, y de la que se prescindirá, con daño, o por lo menos el daño de demora, de la revolución, en su primer año de ímpetu*. El espíritu que sembré, es el que ha cundido, y el de la isla, y con él, y guía conforme a él, triunfaríamos brevemente, y con mejor victoria, y para paz mejor. Preveo que, por cierto tiempo al menos, se divorciará a la fuerza a la revolución de este espíritu, —se le privará del encanto y gusto,

1. Una cuestión que es posible advertir, al mismo tiempo, en las epístolas enviadas a militares y amigos desde fines de enero de 1895 y hasta el momento de su fallecimiento.

2. Tanto es así que cuando llegan a la casa de *Toño* Calderón, Martí señala “y me dio su caballo melado, el caballo que a nadie había dado a montar, ‘el caballo que ese hombre quiere más que a su mujer’” (p. 38).

y poder de vencer de este consorcio natural, —se le robará el beneficio de esta conjunción entre la actividad de estas fuerzas revolucionarias y el espíritu que las anima. —Un detalle: *Presidente* me han llamado, desde mi entrada al campo, las fuerzas todas, a pesar de mi pública repulsa, y a cada campo que llego, el respeto renace, y cierto suave entusiasmo del general cariño, y muestras del goce de la gente en mi presencia y sencillez (Martí, 2007, pp. 132-133)³.

Sin embargo, no solo Martí encarna en su persona a la nación, sino que también la representa en los campesinos, negros, mulatos, criollos y españoles que aparecen en el texto y que constituyen el “nosotros” construido en “Nuestra América” (1891), un aspecto medular de su reflexión en ese ensayo pero también en otros textos sobre temas del subcontinente como la conferencia conocida como “Madre América” de 1889 (Martí, 1992c) e incluso en una crónica publicada en *La Nación* el 24 de julio de 1885 (Martí, 2011) en la que anticipa algunos de los núcleos centrales de su pensamiento. De allí que sea posible considerar que Martí escribe para construir ese referente, una América que estaba aún gestándose, con bases todavía poco sólidas y que intentaba sobreponerse a las consecuencias de las luchas por la independencia. Su propósito específico consistía en formar una conciencia que acreditara la unidad de ese territorio latinoamericano por medio de una identidad en la que se reconociera, de allí que apostara a la conformación de un “nosotros” inclusivo. En este sentido, ser latinoamericano es también, para Martí, un proyecto, un deber ser. Nos apropiamos de la definición de lo latinoamericano que propone Arturo Roig ya que su reflexión resulta muy adecuada para la presente lectura del ensayo martiano: “América Latina se presenta como una, en el doble sentido de sus categorías de *ser* y de *deber ser*, pero también es diversa, tal como lo muestra la propia experiencia. Esa diversidad no surge solamente en relación” (2009, p. 20).

Siguiendo esta línea argumentativa, en el momento de preguntarnos quiénes somos “nosotros, los latinoamericanos”, la pregunta que plantea “Nuestra América” debería desplazarse a ¿qué latinoamericano es el que habla en nombre de nosotros? Esta afirmación concreta sobre América Latina puede aplicarse sin un esfuerzo especial a muchas de las reflexiones del autor sobre Cuba. En este sentido consideramos que los *Diarios* son, por una parte, una autobiografía en tanto cuentan la historia de uno, de Martí escritor y personaje, pero son también una Historia porque simultáneamente es la historia de otros, de muchos, del pueblo cubano. Pueden pensarse, de este modo, como una autobiografía plural, un relato de muchos “yo” en el que resulta interesante señalar los retratos de sus compañeros de guerra.

3. Luego Gómez responderá: “No me le digan a Martí presidente: díganle general: él viene aquí como general [...] y quién contiene el impulso de la gente, general?, le dice Miró. “Eso le nace del corazón a todos. Callaba yo, y noté el embarazo y desagrado en todos, y en algunos como el agravio”.

El que habla es bello mozo, de pierna larga y suelta, y pies descalzos, con el machete siempre en puño, y al cinto el buen cuchillo, y en el rostro terroso y febril los ojos sanos y angustiados. Es Arturo, que se acaba de casar, y la mujer salió a tener el hijo donde su gente de Santiago. De Arturo es esta pregunta: “¿Por qué si mi mujer tiene un muchacho dicen que mi mujer parió, —y si la mujer de Jiménez tiene el suyo dicen que ha dado a luz?”. Y así, por el camino, se van recogiendo frases (Martí, 2007, p. 18).

A este retrato, el primero del texto, Martí añade la voz para subrayar las diferencias sociales. Zanetti entiende que en *De Cabo Haitiano a Dos Ríos* —aunque, añadimos, es una cuestión que se puede extender también al siguiente diario— las palabras de Martí constituyen un reservorio, una multiplicación de historias individuales, de nombres, de parentescos y relaciones de trabajo entre personajes. Esta suma de historias permite la inclusión de voces diferentes que reflejan el mundo cotidiano de los protagonistas.

Martí construye un nosotros de base democrática, apelando también a la flexión inclusiva de la oralidad: inundan el diario la fonética, las expresiones coloquiales y regionales, los dichos, de una lengua oral que ingresa directa con frecuencia, a través de voces numerosas, anónimas, que casi disuelven la distancia entre su escritura y el lenguaje de los otros (Zanetti, 1997, p. 234).

Así incorpora, por ejemplo, al General Corona, “Poique yo de aita política no sé mucho, pero a mí acá en mi sentimiento me parece sabé que política a como un debé de dinidá” (Martí, 2007, p. 44). Con su voz ingresan las marcas de oralidad lo mismo que sucede, en otras ocasiones, con las voces de los haitianos en francés (que aparecen entrecomilladas y en bastardilla). Martí, como propietario de los saberes intelectuales, es quien autoriza a esas otras voces, muchas de las que predominan en *De Montecristi a Cabo Haitiano*, cuando comienza a reunir hombres para alistarlos en la guerra. En este sentido, Rojas sostiene que “Martí imagina y desea para su isla un orden republicano, cuyos miembros sean todos los habitantes de la isla, sin exclusiones, privilegios o jerarquías de ningún tipo. El registro de esa ciudadanía plena abarca desde el africano al español, desde el criollo hasta el esclavo” (2000, p. 136).

Su imagen de la sociedad cubana posterior a la guerra es la de una comunidad integradora de diferencias, de reconciliación de sectores sociales, de igualdad, una idea promovida, como ya mencionamos, desde “Nuestra América”. Con el propósito de sostener ese proyecto, su representación, lejos de ser compacta, propone diversos y complejos matices y que, sin embargo, revela un conjunto de historias y experiencias compartidas.

Para articular esa idea no precisa Martí un relato que responda al orden de los acontecimientos. Así, pese a que imprime la fecha de escritura en la sucesión de hechos consignados, un recurso típico del género diario, emplea ciertas prácticas de la historiografía para legitimar su discurso, en el que no reproduce documentos sino que recurre a testimonios orales entre sus compañeros, testigos de episodios pasados a quienes permite ingresar sus voces. Pese a ello, no busca certificar episodios ni exhibe fidelidad a los hechos, solo se ofrece como un intermediario, quizás como un mediador que otorga la posibilidad de introducir los relatos.⁴ Luego, no construye a partir de ellos la Historia oficial de la guerra sino que despliega una serie de historias que denominamos “mínimas”, pequeñas, muy breves, de personajes que podrían considerarse secundarios, vinculadas a la rutinaria vida de campaña o quizás a algún combate en batalla pero nunca a las grandes hazañas. Relatos que son gestos en tanto resultan funcionales para producir una memoria histórica y estimular el valor revolucionario. Martí quiere “registrar” su “yo”, sus héroes —para los que deberá encontrar y producir el relato de sus hazañas— y su pueblo, que antes hubo de conformar en “Nuestra América”.

El despliegue de este relato es lo que Eric Hobsbawm llama *la invención de una tradición* (Hobsbawm y Ranger, 1983). Se trata de un fenómeno muy interesante que puede percibirse en el desarrollo moderno de las naciones y el avance de los nacionalismos. Es posible relacionarlo, por lo tanto, a los impulsos vinculados a promover la unidad nacional a través del concepto de identidad, esto es, buscando una conexión con un pasado histórico que resulte apropiado, para legitimar determinadas instituciones o prácticas culturales y políticas. Así, Martí inventa una tradición para la nación cubana que si en el ámbito intelectual se sostiene en el patriciado criollo de Félix Varela, Antonio Saco, Domingo Del Monte o José de la Luz y Caballero, en el relato de la guerra tiene a Carlos Manuel de Céspedes y a Ignacio Agramonte, a Antonio Maceo y a Máximo Gómez como sus héroes (Rojas, 2000). Aparece de este modo un sujeto que se autodenomina en primera persona (“yo”) pero que leemos como plural. Martí conforma una identidad que se sostiene en la experiencia socialmente compartida. El relato del diario traduce una experiencia personal en una experiencia social, la convierte, la transforma en “nosotros”. De este modo, “el relato hace visible la historia y, en este sentido, opera como mediador rescatando valores concretos del pasado que se proyectan hacia el porvenir” (Rodríguez Pésico, 2008, p. 159).

Desde un presente que transcurre durante la guerra que da paso a la independencia, puede también revisar la tradición. Y, debido a que la historia que cuenta es la de todos, no recurre a su vida íntima, que deja absolutamente fuera de las páginas

4. Los propios *Diarios* se convierten en un documento histórico en sí mismos y así ha sido su recepción durante el primer medio siglo de lecturas. Ha sido leído, por ejemplo, en relación con el *Diario de Campaña* (1868-1899) de Máximo Gómez.

del *Diario*⁵. La llegada a Cuba implica el retorno del exilio, el reencuentro con la familia y la lucha por la independencia, todo por lo que trabajó durante largos años. Pese a ello, no trae recuerdos de su vida pasada y privada sino que se concentra en el presente del texto. Aquello que justifica esta decisión se vuelve evidente en una carta enviada desde Baracoa el 15 de abril de 1895 a Gonzalo de Quesada y a Benjamín Guerra en la que relata su llegada a territorio cubano: “Refrenaré mis emociones. Hasta hoy no me he sentido hombre. He vivido avergonzado, y arrastrando la cadena de mi patria, toda mi vida” (Martí, 1992, p. 125). Por este motivo, si es que acude al pasado, lo hace a través de una historia que en ningún momento le es propia. Los recuerdos de la Guerra Grande, encabezada por Carlos Manuel de Céspedes (1868-1878), cuyo conflicto retoma, así como los de la Guerra Chiquita (1879-1880) se ven invadidos por discusiones y escenas de violencia que se introducen en los *Diarios* por medio del relato personal. Martí fue uno de los primeros intelectuales cubanos en comprender que “la Guerra de los Diez Años ofrecía el testimonio básico para construir una mitología nacional” (Rojas, 2000, p. 31). Así, en una carta de 1878 al poeta cubano José Joaquín Palma escribe: “Nosotros tenemos héroes que eternizar, heroínas que enaltecer, admirables pujanzas que encomiar. Tenemos agraviada a la legión gloriosa de nuestros mártires que nos pide, quejosa de nosotros, sus trenos y sus himnos” (Martí, 1992c, p. 320). El relato de la Guerra Grande que se reproduce en la voz de la mambisa Caridad Pérez y Piñó funciona en este sentido y contribuye a apoyar y alentar al grupo: “Y siguió viviendo, predicando, entusiasmado en el campamento” (Martí, 2007, pp. 90-91), agrega Martí. Las historias mínimas se multiplican en *De Cabo Haitiano a Dos Ríos* precisamente porque avivan la llama revolucionaria y funcionan en la medida en que “construyen el pasado colectivo y lo legitiman, al presentarlo como ideal que ilumina el porvenir” (Rodríguez Pérsico, 2008, p. 159). Los antiguos protagonistas se encargan del relato y Martí, con su colaboración, construye las hazañas y los héroes cubanos que precisa para construir su historia. Las historias de las guerras anteriores nunca cuentan las batallas sino que se detienen en detalles individuales, y mencionan a los “héroes” por su apodo, para volver el relato todavía más íntimo. En este sentido, el diario de campaña no es un típico diario de guerra ya que no recupera “las acciones militares, las tácticas de combate, el número de bajas y los abastecimientos” (García Ronda, 1987, p. 161), lo que

5. Martí no hace referencia a su vida privada e intelectual antes de su llegada a Cuba. En el momento de pisar territorio cubano, el exilio parece quedar olvidado. Este aspecto se manifiesta, sin embargo, en las cartas que escribe a familiares y amigos durante el mismo período y hasta el momento de su muerte. Es preciso aclarar que *De Montecristi a Cabo Haitiano* se presenta como una carta dedicada a las niñas María y Carmen Mantilla. La elección de este destinatario imprime al texto desde el inicio un carácter privado que, por su tono más familiar, lo distingue del siguiente diario.

puede afirmarse tanto de su relato respecto a la Guerra Grande como al de la Guerra del 95 y que diferencia este texto, por ejemplo de otros escritos comprendidos como literatura de campaña, como el *Diario* de Máximo Gómez.

La mirada no está centrada en la configuración de los héroes de guerra sino en los vínculos que los hombres establecen entre sí, en la creación de redes solidarias. Los hombres son menos soldados que compañeros. Pese a ello, Martí señala en más de una oportunidad cuando su figura sobresale respecto de la de sus camaradas.

Marcos viene con el pañuelo lleno de cocos. Me dan la manzana. Guerra y Paquito de guardia. Descanso en el campamento. César me cose el tahalí. Lo primero fue coger yaguas, tenderlos por el suelo. Gómez con el machete, corta y trae hojas, para él y para mí. Guerra hace su rancho; cuatro horquetas: ramas en colgadizo: yaguas encima: Todos ellos, unos raspan coco, Marcos, ayudado del General, desuella la jutía. [...] De pronto hombres: “¡Ah hermanos!” Salto a la guardia. La guerrilla de Ruen, Félix Ruen, Galano, Rubio, los diez. —Ojos resplandecientes (Martí, 2007, pp. 84-85).

El momento de reunión que prepara el refugio nocturno y la cena se presenta como manifestación de compañerismo. Por lo tanto, la jerarquía militar se disuelve, aun cuando en diversas oportunidades aparecen alusiones a los grados militares. “*De Cabo Haitiano a Dos Ríos* no se demora en el arte de la guerra. La epicidad se forja a través de un sujeto colectivo, cuya fraternidad se afianza en las dificultades y el esfuerzo” (Zanetti, 1997, p. 232).

En definitiva, los *Diarios* logran poner en evidencia los modos en que Martí resignifica y se apropia del pasado cubano, una cuestión que inquietó a su autor desde muy temprano, al querer rendirle tributo a los héroes de la Guerra de los Diez Años, como revela Arcadio Díaz Quiñones, “con el fin de crear los fundamentos sagrados de la nacionalidad” (2006, p. 261)⁶. Y, si bien es cierto que construye una historia posible entre muchas y tantas otras historias cubanas, principalmente, y ese es el punto central, está allí en la guerra, “acampado” en la naturaleza, convencido de que está escribiendo la historia del mundo en ese momento⁷. Y, aún más, no solo está convencido sino que es en absoluto consiente de esta posibilidad, a tal punto que en una carta fechada el 2 de febrero de 1895 a Carmen Miyares explica la finalidad de sus escritos, que “en tiem-

6. En este sentido, Díaz Quiñones afirma que la voluntad épica en Martí “es temprana y constante, y está ligada a su deseo de convertirse en depositario de la memoria de la Guerra de los Diez Años (1868-1878), en preparación para una nueva guerra de independencia” (2006, p. 261).

7. Conviene recordar las palabras de Ralph Emerson: “ningún hombre puede escribir si no está convencido de que lo que escribe es la historia del mundo en ese momento, no puede hacer nada si no estima que su obra es de importancia” (1947, p. 23).

pos más serenos, podría ser, para servir luego a la explicación de los hechos públicos” (Martí, 2007, p. 14)⁸.

En el pueblo haitiano de Ouanaminthe Martí busca hombres para sumar a la revolución y los anima: “Les dije de *guerra* y de *nuestra guerra*, e iba cayendo la desconianza, y encendiéndose el cariño” (Martí, 2007, p. 42, el subrayado es nuestro). El movimiento de Martí es, por lo tanto, doble: narra la historia al mismo tiempo que la realiza. Un ejercicio que refuerza la hipótesis de Ada Teja cuando sostiene que el gran tema de los diarios es estar en la naturaleza y realizar la historia (1993, p. 1160). Por eso es importante enfatizar la sensación de inmediatez de la escritura, porque ese doble movimiento se afianza con la ilusión del presente: “Pero ¡qué triste noticia! ¿Será verdad que ha muerto Flor? ¿el gallardo Flor?: qué Maceo fue herido en traición de los indios de Garrido: que José Maceo rebanó a Garrido de un machetazo” (Martí, 2007, pp. 93-94).

Acuciado por la inmediatez y el dramatismo de la situación, la Historia se presenta para Martí como un relato de héroes, una perspectiva que responde al romanticismo, del que Martí recupera, por un lado, la creencia en las individualidades y, por otro, las biografías de los grandes hombres, tal como se puede percibir en sus lecturas de *Representative Men* de Ralph Emerson y *On Heroes, Hero-Worship and The Heroic in the History* de Thomas Carlyle, que conoce en profundidad. En una carta enviada a Tomás Estrada Palma el 15 de abril en campaña escribe: “Es gran gozo vivir entre hombres a la hora de su grandeza” (Martí, 1991, p. 131). Martí registra su “yo”, que responde por cierto al pacto genérico y, no obstante, ofrece al lector un plus narrativo ya que mientras avanza en el relato va construyendo también una serie de biografías mínimas de figuras heroicas vinculadas a las guerras que le precedieron.

Ese sujeto que ha logrado interiorizar la naturaleza y confundirse con ella en plena guerra por la independencia de Cuba, no es otro que el hombre natural, que Martí había definido en “Nuestra América” y que finalmente materializa en los *Diarios*. El hombre natural no es un sujeto individual sino que se postula y autodenomina como colectivo en diversas oportunidades, un “nosotros” inclusivo que toma para sí la materia que excluyen los estados y discursos modernizadores (Ramos, 1989, p. 237). De ese “nosotros” Martí se presenta como figura ejemplar y símbolo de la nación, lo que le permite reflexionar sobre la sociedad futura y deseable para el pueblo cubano. Como sostiene Zanetti, “Si el diario narrativiza la posibilidad de un nosotros integrado en el respeto del otro, heterogéneo y fraternal, como base de la futura república, ese nosotros se sustenta en un espacio, en ese paisaje que se reclama y por el cual se lucha, puesto

8. Según explica Mayra Beatriz Benítez en las notas que acompañan la edición crítica de los *Diarios de Campaña* (2007) que utilizamos, Carmen Miyares, última compañera de Martí, mantuvo oculto el paradero del manuscrito hasta febrero de 1910, cuando envió el documento a Manuel Sanguily y Garrite.

que es el soporte de una identidad posible en el vínculo armónico con la naturaleza” (1997, p. 236).

Por eso, y como ya anticipamos, los *Diarios* también discuten ejes centrales que fueron teorizados en “Nuestra América”: cómo debe organizarse la sociedad, cuáles son los vínculos que se pueden establecer entre sus elementos, quiénes forman parte de la nación, quién tiene la capacidad para gobernar y de dónde obtiene los saberes para lograrlo.

En ese recorrido, esta lectura se propuso encontrar en el concepto de hombre natural, y muy especialmente en la resignificación martiana de los *Diarios* (Pampín, 2009), el paso de la naturaleza a la historia, una cuestión que, en términos de Roig podría explicarse como una “naturaleza haciéndose, no como una contemplación del mundo, sino como un ir haciéndose su propio mundo y así mismo, es decir, un ir creando sus propios códigos desde los cuales ese mundo puede ser comprendido dentro de determinados horizontes de universalidad” (2009, p. 294).

Así considerado, Martí propone llevar una teoría, esto es, la utilización y reformulación del discurso filosófico aportado por Ralph W. Emerson, ya estudiado en oportunidades anteriores (Pampín, 2016a y 2016b), a la práctica: el planteo del hombre natural se vuelve materia, encarna en su “yo” que participa de la guerra que se desata en el territorio de la naturaleza y de ese modo, hace la historia. Para concluir, en la lectura de los *Diarios* se desprende, como una síntesis del hombre natural, la figura ejemplar de José Martí. Conviene, en este sentido, recordar unas palabras de Arturo Roig: “sucede que la filosofía es una práctica” (2009, p. 11).

En fin, esta operación evidencia la complejidad en las estrategias de autorización de Martí al postular un sujeto en tensión que se nombra a sí mismo como pueblo, del que se aleja y al que regresa, una y otra vez.

REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

- Díaz Quiñones, A. (2006). *Sobre los principios. Los intelectuales caribeños y la tradición*. Bernal: Universidad Nacional de Quilmes.
- Emerson, R. W. (1947). Naturaleza. En *Ensayos* (pp. 3-30). Buenos Aires: Estrada.
- Emerson, R. W. (2009). *Obra ensayística* (Jiménez Arribas, C., Trad. y pról.). Artemisa: Tenerife-Valencia.
- García Ronda, D. (1987). Diario de campaña de José Martí, pensamiento y forma. *Revista de la Biblioteca Nacional*, 29 (2), 155-175.
- Hobsbawm, E. (1983). Inventing traditions. En Hobsbawm, E. & Ranger, T. (Eds.). *The Invention of Tradition* (pp. 1-14). Cambridge: Cambridge University Press.
- Martí, J. (1992a). *Obras completas Tomo 4*. La Habana: Editorial de Ciencias Sociales.

- Martí, J. (1992b). Nuestra América. En *Obras completas Tomo 6* (pp. 15-23). La Habana: Editorial de Ciencias Sociales.
- Martí, J. (1992c). Madre América. En *Obras completas Tomo 6* (pp. 133-140). La Habana: Editorial de Ciencias Sociales.
- Martí, J. (2007). *Diarios de campaña*. Ed. crítica, presentación y notas de Mayra Beatriz Martínez. La Habana: Centro de Estudios Martianos.
- Martí, J. (2011). Cartas de Martí. *Obras completas Tomo 22* (pp. 122-132). Edición Crítica. La Habana: Centro de Estudios Martianos.
- Molloy, S. (1994). El Teatro de la Lectura: Cuerpo y Libro en Victoria Ocampo. En Orbe, J. (Comp.), *Autobiografía y escritura* (pp. 13-30). Buenos Aires: Corregidor.
- Pampín, M. F. (2009). Los *Diarios* de Martí y el hombre natural. *Temas*, (52), 105-114.
- Pampín, M. F. (2016a). La tradición norteamericana en José Martí entre filosofía y literatura. *Anales de Literatura Hispanoamericana*, (45), 47-73.
- Pampín, M. F. (2016b). *José Martí y la tradición emersoniana del hombre natural. Recorridos intelectuales en el fin de siglo*. [Tesis inédita]. Universidad de Buenos Aires, Argentina.
- Ramos, J. (1989). *Desencuentros de la modernidad en América Latina*. México: Fondo de Cultura Económica.
- Rodríguez Pérsico, A. (2008). *Relatos de época. Una cartografía de América Latina (1880-1920)*. Rosario: Beatriz Viterbo.
- Rojas, R. (2000). *José Martí: la invención de Cuba*. Madrid: Colibrí.
- Roig, A. (2009). *Teoría y crítica del pensamiento latinoamericano*. Buenos Aires: Una ventana.
- Teja, A. M. (1993). El *Diario de Campaña* de Martí como discurso descolonizador y canto de vida. *Anuario del Centro de Estudios Martianos*, (16), 199-221.
- Teja, A. M. (1994). Modernidad y antimodernidad en el *Diario de Campaña*. En *Actas. Primer Congreso de Estudios Latinoamericanos (1991). Homenaje a José Martí a los 100 años de Nuestra América* y Versos sencillos (pp. 139-164). La Plata: Universidad Nacional de La Plata.
- Zanetti, S. (1997). El poeta en la guerra: *De Cabo Haitiano a Dos Ríos* de José Martí. *Actual*, (37), 219-240.